

“FRANCISCO: HOMBRE DE PAZ, HERMANO DE TODOS”

APERTURA DEL VIII CENTENARIO DEL TRÁNSITO DE SAN FRANCISCO

Basílica Papal de Santa María de los Ángeles en la Porciúncula

10 enero 2025

Acogida

Palabras de bienvenida: El custodio de la Porciúncula introduce este momento con unas breves palabras, subrayando el significado del lugar («Aquí Francisco encontró a su Señor»), la importancia del Centenario y la invitación a entrar en profunda comunión espiritual con el Santo.

La Asamblea está ya reunida.

El Presidente de la celebración, fray Francesco Piloni, Ministro Provincial de los Hermanos Menores de Umbría y Cerdeña, entra en procesión con los seis Ministros Generales. El Presidente toma asiento en la sede. Los seis Ministros Generales se colocan a ambos lados.

Liturgia de la Luz

P/. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

P/. El Dios de la esperanza, que nos colma de alegría y paz en la fe, por la fuerza del Espíritu Santo, esté con todos vosotros.

R/. Y con tu espíritu.

Guía: El Obispo de Asís, S.E. Mons. Domenico Sorrentino, y el Alcalde de Asís, Walter Stoppini, se dirigen en procesión hacia la Capilla del Tránsito llevando un cirio en las manos. Este gesto está cargado de significado: el cirio representa la luz de Cristo Resucitado, pero también la luz de la paz y del perdón, en referencia directa a la estrofa del Perdón del *Cántico de las Criaturas*. El Podestà de Asís y el Obispo Guido II están enfrentados, y toda la ciudad sufre el clima de discordia. Por eso Francisco dice a sus hermanos que canten el *Cántico* a los dos gobernantes, y así se obra el milagro de la reconciliación y de la concordia. Será este acontecimiento el que lleve a la incorporación de la estrofa: «*Bienaventurados los que perdonan por tu amor...*» Es un vínculo visible entre el Centenario del *Cántico de las Criaturas*, recién concluido, y el del Tránsito, que comienza hoy.

Encendido del cirio en la Capilla del Tránsito: El Obispo y el Alcalde se dirigirán a la Capilla del Tránsito. Allí les espera un cirio pascual, símbolo de Cristo Resucitado y de la vida eterna. De este cirio tomarán la luz.

Al concluir este momento, la cámara se desplaza hacia la *Tavola del Maestro de San Francesco*, que será colocada frente a la Porciúncula.

Guía: El icono del *Maestro di San Francesco* es la imagen más antigua del Santo custodiada en la Porciúncula. Colocada inicialmente en la Capilla del Tránsito, se halla actualmente expuesta en el Museo del Santuario. Esta tabla acogió los restos mortales del Seráfico Padre y fue el soporte sobre

el que fue conducido a la ciudad de Asís para su primera sepultura, mientras se esperaba la construcción de la Basílica dedicada a él.

Hacia 1255, se encomendó al Maestro de San Francisco transformar la tabla en una oración visible y, con el paso de los siglos, se ha convertido en una de las obras más significativas del panorama del arte sagrado.

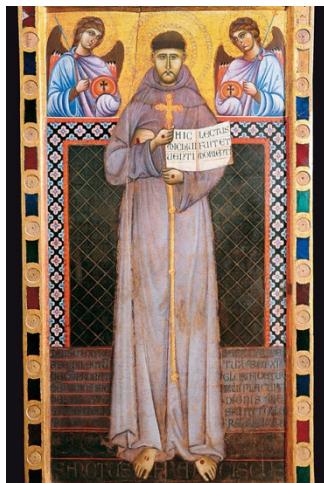
«¡Aquí fue mi lecho, en vida y en mi muerte!» La inscripción en el libro que descansa entre las manos de san Francisco remite a su profunda experiencia de la Cruz de Cristo y a esta tabla, lecho utilizado en varias ocasiones por el santo durante su vida y en el momento de su Bienaventurado Tránsito.

Esta reliquia-relicario debe considerarse un auténtico lugar de revelación (*locus theologicus*). Los colores, las formas y el talento del artista se vuelven un camino para revelar algo del misterio de Dios. Lo que aquí se representa de san Francisco es la obra del Espíritu Santo en él: una carne transfigurada que deja aflorar la experiencia de Dios y el cumplimiento de la obediencia a su voluntad.

San Francisco ha alcanzado el Reino; su camino terreno ha concluido, y señala para nosotros la meta y la plenitud de la vida en Cristo.

«El icono es imagen del hombre en el cual está verdaderamente presente la gracia santificante del Espíritu Santo, que reduce a nada las pasiones. Por eso su carne es representada sustancialmente distinta de la carne común y corruptible del ser humano. El icono es una transmisión sobria, fundada en la experiencia espiritual y absolutamente privada de cualquier exaltación de una realidad espiritual. Si la gracia ilumina al hombre entero, de modo que todo su organismo espiritual, psíquico y físico queda envuelto en la oración y habita en la luz divina, entonces, evidentemente, el icono reproduce a este hombre que se ha convertido en icono viviente, imagen de Dios.»

[Leonid Uspenskij pintor e historiador del arte]



Maestro de San Francisco (activo en Umbría en la segunda mitad del siglo XIII), *San Francisco entre dos ángeles*, hacia 1255.

Oro y témpera sobre tabla de pino.

Para el marco: oro y vidrios sobre madera de álamo.

Primera ubicación: Capilla del Tránsito (fecha no precisada).

Ubicación actual: Museo de la Porciúncula.

Las seis etapas de la herencia de Francisco

Guía: La vida cristiana no es solo un camino individual, sino una vocación a vivir el Evangelio juntos. En este tiempo estamos llamados a mirar a nuestros hermanos con los ojos de Cristo. A partir de este momento, damos inicio a nuestro itinerario espiritual dentro del Santuario, que se articulará en seis momentos distintos. Una representación recorrerá por nosotros las naves laterales de la Basílica, retomando de modo simbólico los pasajes cruciales del *Testamento* que san Francisco

dejó a sus hermanos antes de morir. Estas meditaciones, que viviremos unidos, nos ayudarán a reflexionar sobre la herencia espiritual que el Pobrecillo de Asís quiso legar: un don vivo para cada uno de nosotros hoy.

El primer momento de reflexión y oración, titulado «Misericordia», tendrá lugar en la nave derecha, ante la sugestiva Capilla del Nacimiento.

La Asamblea permanece en su lugar. En el momento indicado, el Presidente y los seis Ministros Generales se harán los primeros peregrinos, avanzando unidos hacia las seis estaciones dispuestas en las naves laterales de la Basílica. Sus pasos, realizados como una sola delegación, inauguran el camino espiritual en nombre de todas las Familias Franciscanas del mundo.

La Asamblea está llamada a acompañar con participación este gesto, uniéndose espiritualmente a sus pasos, que señalan el comienzo de nuestro común año de gracia.

I momento: MISERICORDIA

Del Testamento de San Francisco (Test 1-3)

El Señor me dio a mí, hermano Francisco, comenzar a hacer penitencia de esta manera: cuando estaba en pecados, me parecía demasiado amargo ver a los leprosos; pero el mismo Señor me condujo entre ellos y ejercí con ellos misericordia. Y al apartarme de ellos, aquello que me parecía amargo se me tornó en dulzura de alma y de cuerpo. Y después, permanecí todavía un poco y salí del siglo.

De la Vida Primera de Tomás de Celano

[1Cel 17]

Luego, como verdadero amante de la humildad perfecta, el santo se acercó a los leprosos y vivía entre ellos, para servirlos en todo por amor de Dios. Lavaba las partes putrefactas y limpiaba también la sangre corrompida de las úlceras, como él mismo dice en su *Testamento*: «Cuando estaba en pecados, me parecía demasiado amargo ver a los leprosos, y el Señor mismo me condujo entre ellos y ejercí con ellos misericordia».

La vista de los leprosos, de hecho, como él decía, le era al principio tan insopportable que, en el tiempo de su vida vana, apenas veía sus refugios a dos millas de distancia, se tapaba la nariz con las manos. Pero esto sucedió: cuando ya había comenzado, por gracia y poder del Altísimo, a tener pensamientos santos y portadores de salvación, aún siendo todavía mundano, un día encontró a un leproso; se hizo violencia a sí mismo, se acercó a él y lo besó. Desde ese momento decidió despreciarse cada vez más, hasta que, por la misericordia del Redentor, obtuvo la victoria plena.

Guía: Escuchamos ahora las palabras de fray Armando Trujillo Cano, Ministro General de la Tercera Orden Regular.

Intervención de fray Amando Trujillo Cano, TOR

El santo de Asís, que nos ha inspirado a vivir el Evangelio de Jesús, comienza su *Testamento* reconociendo la intervención de Dios en su vida. Fue el Señor quien lo llamó a iniciar un camino de penitencia —de conversión— con un corazón capaz de acoger a la humanidad sufriente, en lugar de ignorarla o rechazarla. Dios ya le había mostrado su misericordia en medio de la angustia espiritual y la enfermedad física (cf. 1 Cel 3, FF 322) y lo invitó a luchar una batalla más noble que la de los poderosos de este mundo (cf. 3 Com 6, FF 1401). El Señor también nos invita a superar nuestras resistencias personales y comunitarias para poder acercarnos a quienes llevan heridas dolorosas en cuerpo y espíritu, excluidos del bienestar material, cultural y espiritual, y compartir con ellos el consuelo de Dios y el amor de una comunidad capaz de convertirse en prójimos (cf. Lc 10,29-37).

Hoy también podemos redescubrir constantemente la dulzura del alma y del cuerpo cuando somos misericordiosos, como nuestro Padre es misericordioso (cf. Lc 6,36).

Guía: Para poder comprender mejor y palpar cómo esta misericordia se manifiesta y obra en nuestras vidas, nos dejaremos ahora guiar por el testimonio directo de una de nuestras hermanas. Escuchemos el testimonio de la Dra. Francesca Di Maolo, Presidenta del Instituto Seráfico de Asís.

Testimonio de la Dra. Francesca Di Maolo, Presidenta del Instituto Seráfico de Asís

Traspasar la puerta del Seráfico por primera vez nunca es fácil: la diversidad nos asusta y la fragilidad del otro nos desnuda. Nos da miedo mirarnos en esas llagas, porque significa reconocerlas también dentro de nosotros. Es más reconfortante ilusionarnos con que “solo les ha pasado a ellos” y sentirnos inmunes.

Pero cuando encuentras el valor y cruzas ese umbral, descubres que lo que te espera no es el sufrimiento. Los jóvenes marcados por la discapacidad te reciben con una sonrisa. La relación con ellos es inmediata, sorprendentemente sencilla.

Te detienes junto a uno de ellos: sientes su esfuerzo, pero también su alegría por todo lo que llena su vida. No te muestra sus límites, sino sus recursos. Participa de la vida con sus talentos: escucha música, pinta cerámicas aun en la inmovilidad de su cuerpo, dejando caer gotas de color sobre un vaso que gira en el torno. Pasea por el parque empujado en su silla de ruedas y comparte contigo cada experiencia sensorial: el viento que acaricia, el sol que calienta, el canto de los pájaros, el atardecer que tiñe el cielo de rojo.

De repente, ya no eres un espectador del dolor y de la alegría del otro: sus sentimientos ahora te pertenecen, como su destino. Te preguntas cómo ha podido suceder y alzas la mirada: ves a personas junto a los jóvenes del Seráfico que los alimentan, acarician, sostienen, visten, consuelan, acompañan. No están allí solo para trabajar: son manos al servicio de un amor más grande, que se revela precisamente en esas heridas. Descubres la belleza y la fuerza de la fraternidad, que no es una idea, sino una presencia viva en las miradas y en los gestos que te rodean.

Y es entonces cuando no puedes apartar la mirada de los ojos del otro, porque lo has reconocido: en el rostro lacerado y en quien lo socorre. Es en ese momento cuando te conmueves. Es en ese momento cuando comienza tu conversión. Has cruzado el umbral y lo has encontrado a Él, Jesús, en el hermano herido y en quien tiene el privilegio, cada día, de servir a un amor infinito.

II momento: ORACIÓN

Del Testamento de San Francisco (Test 4)

Y el Señor me dio tal fe en las iglesias, que yo oraba y decía de manera tan simple: Te adoramos, Señor Jesucristo, también en todas tus iglesias que están en todo el mundo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz has redimido al mundo.

Guía: Francisco, próximo a su muerte, deja a sus hermanos uno de los dones capaces de transformar por completo al ser humano: la oración. Para él, cada momento pasado con Dios no era otra cosa que la búsqueda constante y apasionada de una mirada nueva, renovada, sobre Dios y sobre el prójimo. Así, para Francisco, Dios se convierte en el todo de su vida, y el hombre, en aquel que necesita ser iluminado, colmado y transformado por su presencia.

Esta es la oración de «un alma sedienta de su Cristo», de un alma que en la oración reconoce a Dios como Padre, a la Iglesia como Madre y a todos los demás hermanos y hermanas en el camino hacia la gloria del paraíso. Escuchemos la experiencia del Seráfico Padre:

DE LA VIDA SEGUNDA DE TOMÁS DE CELANO

[2Cel 95]

Cuando [...] oraba en los bosques y en lugares solitarios, llenaba los bosques de gemidos, empapaba la tierra con lágrimas y se golpeaba el pecho con la mano; y allí, casi aprovechando la intimidad y reserva del lugar, dialogaba a menudo en voz alta con su Señor: rendía cuentas al Juez, suplicaba al Padre, hablaba al Amigo, bromeaba con ternura con el Esposo.

Y, en realidad, para ofrecer a Dios en múltiple holocausto todas las fibras de su corazón, consideraba desde diferentes aspectos a Aquel que es sumamente Uno. A menudo, sin mover los labios, meditaba largamente en su interior y, concentrando en sí las potencias exteriores, se elevaba con el espíritu al cielo. De este modo dirigía toda su mente y afecto a aquella única cosa que pedía a Dios: no era tanto un hombre que oraba, sino él mismo transformado por entero en oración viviente.

Guía: Escuchemos ahora las palabras de fray Carlos Alberto Trovarelli, Ministro General de los Hermanos Menores Conventuales.

Intervención di fray Carlos Alberto Trovarelli, OFM Conv

En las primeras líneas del *Testamento*, san Francisco confiesa el don de la fe como iniciativa gratuita de Dios y sitúa su despertar espiritual en las iglesias, que se configuran como un lugar teológico relevante de su experiencia creyente. Para él, estas iglesias no son simples edificios, sino signos sacramentales en los que puede orar y adorar a Cristo, el Crucificado que «con su santa cruz ha redimido al mundo».

En ellas descubre a la Iglesia orante y la acción del Espíritu Santo, cuya gracia orienta la mente, el corazón y el alma hacia la experiencia de la fe. En estos espacios, incluso antes de una plena conciencia eucarística, su corazón aprende a orar, y de esa oración brota su forma de creer: *lex orandi, lex credendi*.

La aclamación litúrgica «Te adoramos, Señor Jesucristo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz has redimido al mundo» se convierte en él en profesión universal de fe. Al añadir «también en todas tus iglesias que están en todo el mundo», san Francisco extiende su adoración del lugar concreto a toda la Iglesia dispersa por el mundo.

Allí donde se alza una iglesia o una cruz, reconoce una humilde epifanía del Misterio y una invitación a la adoración. Así, la oración «en, con y de» la Iglesia se convierte para Francisco en principio hermenéutico de la fe y en invitación a renovar nuestra vida en el Espíritu.

Gesto simbólico:

En esta estación se encuentra colocada la Cruz de San Damián.

P/. Señor, te damos gracias por la Santa Iglesia. Ella nos acoge en una gran familia y nos acompaña a lo largo de toda la vida, haciéndonos partícipes del don de la redención a través de los sacramentos. San Francisco nos dejó un gran ejemplo de amor por la Iglesia y por todos sus miembros. Como familia franciscana, deseamos agradecerte por este don con las mismas palabras de nuestro Seráfico Padre, San Francisco:

T/. Te adoramos, Señor Jesucristo, aquí y en todas tus iglesias que están en todo el mundo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz has redimido al mundo. Amén.

III momento: FRATERNIDAD

Del Testamento de San Francisco (Test 14)

Y después de que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, pero el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio.

Guía: Entramos ahora en el tercer momento: la Fraternidad. La vida cristiana no es solo un camino individual, sino una vocación a vivir el Evangelio juntos. En este tiempo, estamos llamados a mirar a nuestros hermanos con los ojos de Cristo. Hemos escuchado las palabras del *Testamento* de San Francisco, que resuenan como un eco del Mandamiento del Amor que Jesús dejó a sus discípulos y que describe de manera ejemplar el Evangelio de Juan.

Lectura del Evangelio según san Juan

[Jn 13,1-5.12-16.34-35]

Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando el diablo ya había puesto en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el deseo de traicionarlo, Jesús, sabiendo que el Padre le había entregado todo en las manos y que había venido de Dios y a Dios regresaba, se levantó de la mesa, se quitó las vestiduras, tomó una toalla y se la ciñó alrededor de la cintura. Luego vertió agua en un recipiente y comenzó a lavar los pies de los discípulos, secándolos con la toalla que llevaba ceñida. [...]

Cuando les hubo lavado los pies, se puso nuevamente sus vestiduras, se sentó y les dijo: «¿Entendéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavar los pies los unos a los otros. Os he dado un ejemplo, para que, así como yo he hecho con vosotros, también vosotros lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: un siervo no es mayor que su señor, ni un enviado es mayor que quien lo envió. [...] Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Como yo os he amado, así también vosotros amaos los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros».

Guía: Escuchemos ahora las palabras de la hermana Daisy Kalamparamban, Presidenta de la Conferencia Franciscana Internacional de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden Regular.

Intervención de sor Daisy Kalamparamban, CFI-TOR

Para Francisco, los hermanos son un don del Señor, que le revelan a él mismo su propio camino de vida. Y el fraile ideal se describe, en primer lugar, como aquel en quien debe habitar un amor ardiente y un fervoroso celo. Y decía que sería buen hermano menor aquel que reuniera en sí la vida y las cualidades de fe de Bernardo, que la tuvo en grado perfecto junto con el amor a la pobreza y la sencillez; la pureza de León; la cortesía de Ángel, que adornaba todo con gentileza y bondad; el aspecto atractivo y el buen juicio, con su hablar bello y devoto de Maseo; la contemplación de Egidio; la virtuosa e incesante oración de Rufino [...]; la paciencia de Junípero, con la renuncia a la propia voluntad y con el ardiente deseo de imitar a Cristo siguiendo el camino de la cruz, etc.

Para Francisco, el fraile ideal debería ser la suma viviente de estos aspectos de una misma vocación. Así, san Francisco nos invita a dejarnos arrastrar por Cristo, a entrar en relación con Él en una multiplicidad de vínculos interpersonales, y nos enseña que la verdadera riqueza se encuentra en el amor, en la compartición y en la gratitud por el don de la vida fraterna. Su ejemplo nos ayuda a mirar el mundo con ojos nuevos, reconociendo en cada criatura el reflejo de un amor mayor, a redescubrir la fraternidad universal y a vivir en armonía con todos.

Guía: El Evangelio nos ha recordado que el amor mutuo es el signo distintivo de quien sigue a Cristo. No un amor genérico, sino un amor que se hace servicio, acogida y perdón. Ahora queremos traducir este Mandamiento Nuevo en un gesto simple, pero poderoso. Diríjámonos los unos a los otros, con sencillez, el signo de la paz, comprometiéndonos a construir juntos aquella unidad que es gozosa y dulce. Es el acto de reconocer en el otro, a nuestro lado, a un hermano amado por Dios.

Gesto simbólico: Intercambio de un saludo de paz entre los asistentes.

IV momento: TRABAJO

Del Testamento de San Francisco (Test 20)

Y yo trabajaba con mis propias manos y quiero trabajar; y quiero firmemente que todos los demás hermanos trabajen en un trabajo que convenga a la honestidad.

Guía: Para San Francisco, la posibilidad y la capacidad de trabajar constituyen un elemento importante para un camino de fraternidad universal. El trabajo otorga dignidad y sustento a quien lo realiza con honestidad y profesionalidad, pero también debe considerarse como un instrumento privilegiado que contribuye al bien común y nos acerca a los demás. Además, trabajar nos ayuda a no dispersar nuestras jornadas en actividades ociosas que pueden convertirse en fuente de malestar para nuestra vida y para toda la comunidad.

De la segunda carta de san Pablo a los Tesalonicenses

[2Tes 3,6-15]

Hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, os recomendamos que os mantengáis alejados de todo hermano que lleve una vida desordenada, no conforme a la enseñanza que os hemos transmitido. Sabéis de qué manera debéis tomarnos como modelo: nosotros, de hecho, no hemos permanecido ociosos entre vosotros, ni hemos comido gratuitamente el pan de nadie, sino que hemos trabajado arduamente, noche y día, para no ser carga para ninguno de vosotros. No porque no tuviéramos derecho, sino para daros un ejemplo a imitar.

Y, en efecto, cuando estábamos con vosotros, siempre os dimos esta regla: el que no quiere trabajar, que tampoco coma. Pues sentimos que algunos entre vosotros llevan una vida desordenada, sin hacer nada y siempre inquietos. A estos, exhortándolos en el Señor Jesucristo, les ordenamos ganarse el pan trabajando con tranquilidad.

Pero vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien. Y si alguno no obedece lo que decimos en esta carta, tomad nota de él y cortad relaciones, para que se avergüence; no lo tratéis, sin embargo, como a un enemigo, sino amonestadlo como a un hermano.

Guía: Escuchemos ahora las palabras de Tibor Kauser, Ministro General de la Orden Franciscana Seglar.

Intervención de Tibor Kauser, OFS

El trabajo es un don, trabajar es una gracia. «El Señor [nos] ha concedido la gracia de trabajar» (RB Cap. V: FF 88). Todos los que lo poseen «consideren el trabajo como un don y como participación en la creación, redención y servicio de la comunidad humana», dice nuestra Regla (OFS Regla 16). Solo quien ha sufrido su ausencia puede apreciarlo verdaderamente. Por eso debemos hacer todo lo que ayude a cada persona a tener un trabajo, porque «los hombres y las mujeres se nutren del trabajo»:

con el trabajo son “ungidos de dignidad”» (Visita pastoral del Santo Padre Francisco a Génova, encuentro con el mundo del trabajo, sábado 27 de mayo de 2017). Esto no es un privilegio de unos pocos, sino el deber de todos: ayudar a los hombres y mujeres a tener un trabajo digno, a ser capaces de sostener la vida de sus familias. Porque «con el trabajo, el hombre provee habitualmente al sustento propio y de sus familiares, se comunica con los demás, presta un servicio a sus hermanos y puede practicar una verdadera caridad y colaborar activamente en la plenitud de la divina creación» (GS 67). Todos los que trabajamos debemos ser conscientes de que, con la manera en que trabajamos, damos ejemplo y no solo mantenemos lejos la ociosidad (cf. FF 119), sino que somos colaboradores de Dios en la creación. ¡Qué gracia es trabajar junto a Dios! Nosotros trabajamos con nuestras manos, con nuestra mente, con nuestro corazón, mientras Dios trabaja en nosotros. De este modo, «trabajando, nos volvemos más personas, nuestra humanidad florece, los jóvenes se convierten en adultos solo trabajando» (Dilexi te, 115). Si actuamos así y ofrecemos a Dios nuestro trabajo, participamos en la obra misma redentora de Cristo (cf. GS 67). Y este es nuestro cometido y nuestro deber: ni más, ni menos.

Guía: La vocación cristiana se traduce en obras concretas y en servicio, y para palpar el amor que se expresa a través de la dedicación, nos dejaremos ahora guiar por el testimonio directo de un hermano nuestro. Escuchemos con atención el testimonio de Carlo Bennato Lauro, profesor de Religión Católica

Testimonio de Carlo Bennato Lauro, profesor IRC

El trabajo es una realidad esencial del hombre y también un camino de santidad para el cristiano y el franciscano seglar. La Sagrada Escritura y los escritos de San Francisco presentan el trabajo como gracia, en la cual el hombre es llamado a colaborar con la acción creadora de Dios. Cualquier trabajo, manual o intelectual, posee esta belleza y, si se vive con dedicación, honestidad y para el bien común (Centesimus annus 31), se convierte cada vez más en parte de la identidad personal.

En la profesión de enseñar religión en la escuela secundaria y como franciscano seglar, vivo la enseñanza como un don, restiyendo con pasión y sacrificios para el bien de los estudiantes. Enseño desde hace veinte años y, recorriendo distintas escuelas, he conocido múltiples realidades, con experiencias difíciles y otras más sencillas, pero cada una de ellas ha enriquecido mi formación para vivir la enseñanza como misión. Lo importante no es solo transmitir los contenidos de la materia, sino hacerlo junto con semillas de amor, esperanza y confianza.

Hoy, tras varios años de experiencia, veo en los jóvenes cada vez más soledad, desorientación, individualismo y cerrazón; hay que despertarlos de este letargo, brindándoles cercanía y afecto, pero también firmeza, para ayudarles a descubrir su identidad. Cuántos jóvenes encuentro con problemas familiares que aumentan su desazón y soledad, o con padres muy exigentes que incrementan las ansiedades de sus hijos.

Frente a estas realidades uno puede sentirse perdido e impotente; de hecho, no oculto que muchas veces lo siento así, pero no es posible rendirse. La rendición no puede prevalecer sobre el amor, aunque solo sea para regalar una gota de amistad, escucha y confianza, y los jóvenes lo perciben.

Recuerdo la experiencia en una escuela donde los estudiantes rechazaban la materia; entonces decidí partir de los principios básicos de escucha, respeto y amistad. Cada uno tiene la tarea de sembrar el bien con su compromiso responsable y, como recuerda San Francisco, el trabajo como gracia debe vivirse con «fidelidad y devoción» (RB 5,1), es decir, con amor y fe. Doy gracias a Dios, Padre bueno y providente, que me ha concedido este don.

V momento: PAZ

Del Testamento de San Francisco (Test 23)

El Señor me reveló que pronunciásemos este saludo: «El Señor te dé la paz!».

Guía: La paz es un don de Dios, pero también exige nuestro compromiso. No basta con pedirla en oración: hay que buscarla y construirla cada día. San Francisco lo entendió bien e hizo de la paz parte de su misión, llevándola entre las personas divididas, rezando por las ciudades en conflicto y abriéndose al diálogo con todos, incluso con el sultán.

La paz nace de un corazón reconciliado y guiado por el Espíritu, y se fundamenta en la verdad, la justicia, el amor, el diálogo, la reconciliación y la libertad. Francisco comprendió que Jesús nos da su paz, diferente de la del mundo, y que nos llama a ser sus artesanos: hombres y mujeres que, con gestos simples y cotidianos, construyen fraternidad, perdón y esperanza.

Por eso entrega y comparte con nosotros su última voluntad:

De la leyenda de Los tres compañeros

[3Comp 58]

Era su vivo deseo que tanto él como los hermanos abundasen en aquellas buenas obras mediante las cuales el Señor es alabado. Y les decía: «La paz que anunciaréis con los labios, tenedla aún más abundante en vuestros corazones. No provoquéis a nadie a la ira ni al escándalo, sino que todos sean atraídos a la paz, a la bondad y a la concordia por vuestra mansedumbre».

Guía: Escuchamos ahora las palabras de fray Roberto Genuin, Ministro General de los Hermanos Menores Capuchinos.

Intervención de fray Roberto Genuin, OFM Cap

En el *Testamento*, Francisco recuerda la misión recibida del Señor: «El Señor me reveló que dijéramos este saludo: «El Señor te dé la paz»». Es mucho más que un deseo o una estilo formal de saludo: es un programa de vida y un compromiso de evangelización.

Al inicio de su nueva vida, encontramos a Francisco, aquí mismo en la Porciúncula, participando en la Eucaristía, escuchando la Palabra evangélica del envío de los discípulos a predicar, llevando el saludo de paz a donde se dirigían. Se hace explicar de inmediato por el sacerdote la Palabra escuchada y exclama: «¡Esto quiero, esto pido, esto anhelo hacer con todo el corazón!».

El saludo y el anuncio de paz son un mandato confiado a los discípulos, a la Iglesia —que Francisco siente como algo urgente para sí mismo y nos transmite a nosotros— y también son el saludo de Cristo Resucitado dirigido a los discípulos en el momento en que estaban “encerrados en sí mismos por el miedo”, vinculando dicho saludo con la tarea de la reconciliación.

He aquí la clave para construir la paz: el valor del perdón, de la reconciliación, de la misericordia. Francisco es portador de un don que viene de lo alto, del Señor, y es consciente de ser su mediador. Aprendamos también nosotros a ser operadores y portadores de paz, especialmente cuando se necesita el valor evangélico de lo aparentemente inútil.

Un globo terráqueo, símbolo de la familia humana y de nuestra casa común, es llevado por cinco jóvenes en representación de la gran Familia Franciscana y de los cinco continentes del mundo. Mientras el globo se coloca en un lugar de honor, también se presentarán los nombres de los países que en este momento sufren a causa de guerras y conflictos.

Guía: «Amad a vuestros enemigos», dice el Señor; es un mandamiento exigente, un camino estrecho, pero seguro que conduce hacia la paz. A menudo nos descubrimos frágiles, incapaces de amar de

verdad. Y, sin embargo, como recuerda Dorothy Day, incluso cuando el corazón parece vacío, incluso cuando creemos no tener amor que dar, basta intentar, perseverar, desear: el amor, de ficción, se convierte en realidad. Quien elige amar, pronto aprende a amar de verdad.

Hoy, mientras nuestros ojos ven imágenes de guerra y de dolor, queremos alzar la mirada y soñar con la paz. Queremos creer que los gestos de bondad y reconciliación pueden reconstruir la humanidad herida. Unamos entonces nuestros corazones y nuestras voces en una única súplica que ascienda al Señor, para que nos conceda la paz, la verdadera paz, que nace del amor.

Con las palabras de la Iglesia, juntos, recemos:

Gesto simbólico: Lectura de la oración por la paz.

VI momento: BENDICIÓN

Guía: ¡Que el Señor te bendiga y te guarde! ¡Qué alegría poder escuchar estas palabras sobre la propia vida; qué don poder dirigírselas a otra persona! ¡Sabemos bendecir nuestra historia y la de los demás con sinceridad y serenidad?

El secreto de la vida de San Francisco ha sido Jesucristo pobre y crucificado. Él es el criterio, Él nos enseña a purificar el corazón y la mirada sobre todo lo que existe porque ha sido creado por un acto de inmenso Amor. Todo ser viviente es único e irrepetible. Cada existencia lleva en sí una semilla de luz para bendecir e iluminar el mundo entero.

Del Testamento de San Francisco (Test 40-1)

Y cualquiera que observe estas cosas, sea colmado en el cielo de la bendición del Altísimo Padre, y en la tierra sea colmado de la bendición de su amado Hijo, con el Santísimo Espíritu Paráclito, con todos los poderes del cielo y con todos los santos. Y yo, hermano Francisco, pequeñuelo, vuestro siervo, por lo poco que puedo, os confirmo, dentro y fuera, esta santísima bendición.

De la Vida Segunda de Tomás de Celano

[2Cel 216]

Alza después el Santo las manos al cielo y canta a su Cristo, porque, exonerado ya de todas las cosas, se va libre a Él. Pero, con el fin de mostrarse en todo verdadero imitador del Cristo de su Dios, amó en extremo a los hermanos e hijos, a quienes había amado desde el principio. Mandó, pues, que llamasen a todos los hermanos que estaban en el lugar para que vinieran a él, y, alentándolos con palabras de consolación ante el dolor que les causaba su muerte, los exhortó, con afecto de padre, al amor a Dios. Habló largo sobre la paciencia y la guarda de la pobreza, recomendando el santo Evangelio por encima de todas las demás disposiciones. Luego extendió la mano derecha sobre los hermanos que estaban sentados alrededor, y, comenzando por su vicario, la puso en la cabeza de cada uno, y dijo: «Conservaos, hijos todos, en el temor del Señor y permaneced siempre en Él. Y pues se acercan la prueba y la tribulación, dichosos los que perseveraren en la obra emprendida. Yo ya me voy a Dios; a su gracia os encomiendo a todos» (cf 1 Cel 108). Y bendijo -en los hermanos presentes- también a todos los que vivían en cualquier parte del mundo y a los que habían de venir después de ellos hasta el fin de los siglos.

Guía: Escuchamos ahora las palabras de fray Massimo Fusarelli, Ministro General de los Hermanos Menores.

Intervención de fray Massimo Fusarelli, OFM

Queridas hermanas, queridos hermanos,

En el *Testamento*, poco antes de despedirse, Francisco deja a sus hermanos las palabras de bendición que acabamos de escuchar.

La bendición es el testamento espiritual que Francisco nos entrega. Pensando en su manera de bendecir, la palabra que nos resulta más familiar es la dirigida a fray León: «¡Que el Señor te muestre su rostro y te dé la paz!». La bendición —decir el bien para afirmarlo y hacerlo fructificar— es un don de lo alto que pide hacerse carne a través de la práctica del bien.

El primado del bien está en el centro de la visión franciscana de la vida. Nuestro mundo, a los ojos de Dios, es bueno. Este optimismo antropológico y creador no alimenta una posición ingenua ante las sombras, sino que nos inserta en la vida de manera más plena e invita a hacer emerger el bien propio de cada criatura.

Francisco reconoce en la bendición la presencia misma de Dios, que es el Bien, todo el Bien, el Sumo Bien. En este año centenario, acogemos la bendición de Francisco como una invitación a convertirnos nosotros mismos en bendición para el mundo.

Guía: Cuando hablamos de bendición, nos referimos precisamente a ese flujo constante de amor y de bien que Dios derrama en nuestras vidas y en el mundo.

Para poder comprender mejor y palpar cómo esta bendición se manifiesta y actúa en nuestras vidas, convirtiéndose en signo de esperanza y fuente de alegría, nos dejaremos ahora ayudar por el testimonio directo de una de nuestras hermanas: sor María Benedetta, del Monasterio Santa Lucía de Foligno.

Testimonio de sor María Benedetta, osc del Monasterio Santa Lucia de Foligno (Italia)

«Bendito [sea] Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo,

que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos en Cristo.

En Él nos eligió antes de la creación del mundo

para ser santos e inmaculados ante Él en el amor». (Ef 1,3-4).

Esta Palabra, que la Liturgia de las Horas nos propone semanalmente, desde hace tiempo me ha interpelado, acompañado y permitido profundizar, dejándome asombrada al reconocerme dentro de esa bendición de Dios. ¡Sí, Él desde el origen ha hablado bien de mí en mi vida! Y lo que Él dice, lo cumple, porque Él es fiel a su Palabra. Con el tiempo he tomado cada vez más conciencia de esto, con asombro y gratitud, reconociendo Su fidelidad y experimentándola en mi vida.

En una circunstancia particular, dentro de una relación significativa que había atravesado años de sufrimiento y separación, estaba abriéndose un espacio de reconciliación. Un momento que el Señor había preparado hasta en los más mínimos detalles, diría incluso, pequeñísimos detalles. En ese instante, quien estaba presente me sugirió pedir la bendición. Tan pronto como la recibí, a su vez la ofrecí. Al trazar la señal de la cruz sobre mi frente, percibí no solo el desatarse, sino la disolución de todos aquellos nudos acumulados a lo largo de los años. Desde ese momento comenzó una relación nueva y sanada.

La bendición es un don gratuito. Y es precisamente esta gratuidad lo que me permite darla a todos y, sobre todo, bendecir a Dios, porque solo Él es fiel.

Conclusión y bendición final

El culmen del recorrido será la Porciúncula, que en este contexto adquiere el significado de un «sepulcro vacío», de manera análoga al de Jesús. Este gesto poderoso da testimonio de la Pascua vivida por Francisco, de su plena adhesión a Cristo, y de nuestra llamada a ser herederos de esta experiencia de muerte y resurrección.

Guía: Este rito de apertura no es solo una conmemoración, sino una experiencia inmersiva que invita a cada participante a hacer propio el *Testamento* de San Francisco, llevando al mundo los valores de pobreza, fidelidad, fraternidad, trabajo honesto, paz y bendición, en el espíritu de un hombre que fue y sigue siendo «hombre de paz, hermano de todos».

Escuchemos ahora la intervención conclusiva de S.E. Mons. Domenico Sorrentino.

Intervención de S.E. Mons. Domenico Sorrentino, obispo de la Diócesis de Asís – Nocera Umbra – Gualdo Tadino y Foligno

“Aquí, Padre, dejo el mundo y voy a Cristo” (1Cel 220: FF 815). Apenas fallecido, así se dirige Francisco en un sueño a su obispo, Guido II, de paso por Benevento al regresar de una peregrinación al Santuario de San Miguel en el Gargano. Guido lo había acogido en su casa entre agosto y septiembre, antes de que el Santo decidiera descender a la Porciúncula para su último aliento.

Fueron días de intimidad entre el obispo y el Padre Seráfico, quien el año anterior había propiciado su reconciliación con el Podestà de Asís. Sin duda, Guido no habría partido hacia la peregrinación sin haber sido alentado por el Santo, devotísimo de San Miguel. La sede episcopal fue, en esos meses de verano de 1226, la enfermería del Santo y una casa común, el lugar de una verdadera familia espiritual, entre el obispo Guido, Francisco y sus hijos.

En esa misma sede episcopal, veinte años antes, cuando él había muerto al mundo por Cristo, otro obispo Guido le había servido como padre. Lo recuerda el Santo mismo: “Al inicio de mi nueva vida, cuando me separé del mundo y de mi padre terrenal, el Señor puso su palabra sobre los labios del obispo de Asís. Por esta razón [...] quiero amar, venerar y considerar mis señores no solo a los obispos, sino también a los humildes sacerdotes” (CAss 58: FF 1586). Palabras que resuenan en el Testamento (FF 112=113). Enséñanos de nuevo, Francisco, en este año especial, el amor por Jesús, nuestro Señor desnudo y crucificado, y el amor por la Iglesia, su Esposa y nuestra Madre.

A continuación, la despedida. Los Ministros y el Obispo, con los brazos abiertos frente a la Porciúncula, dicen:
 El Señor esté con vosotros.

El pueblo responde:
Y con tu espíritu

Los Ministros y el Obispo bendicen al pueblo:
 El Señor os bendiga y os guarde.
R/. Amén.

Haga resplandecer para vosotros su rostro y os conceda su gracia.
R/. Amén.

Os mire benignamente y os conceda su paz.
R/. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo + y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre con vosotros.
R/. Amén.